que se habia quedado sin gefe, al coronel príncipe de Salm-Salm, quien estaba á la sazon en Querétaro en la comitiva de Vidaurri, pero sin empleo determinado.

A las tres de la tarde se anuncia una conversion de las columnas enemigas por detras de la ciudad, es decir, hácia la Cuesta China. A las siete y media se reune el Consejo de guerra.

Las fogatas del enemigo, que se observan durante la noche, indican de una manera precisa que notoriamente ha cambiado de posicion. Las hogueras que en las primeras noches iluminaban visiblemente toda la llanura de Celaya, escasean ya en este punto, mientras por el contrario brillan grandes luminarias en nuevos lugares: en la colina de S Pablo, en la loma de Carretas, en la Cañada, y en la Cuesta China.

Como que el cerro no se encuentra ya frente al grueso de la fuerza enemiga, ha perdido mucho de su primera importancia como centro; siendo nuestras alas las mismas, el centro se traslada en direccion diagonal, atrás de la ciudad, mirando hácia México. El convento de la Cruz, ámplio y estenso edificio del tiempo de los españoles, se alza sobre un alto plano de rocas; y así por su posicion, como por la solidez de su construccion, forma una fortaleza natural. Por su amplitud se presta para cuarteles y hospitales; y sus estensas huertas, ceñidas de sólidas cercas, son otras tantas obras avanzadas.

A este punto se trasladará mañana el cuartel general.

---

## CAPITULO XIV.

Sitio: del 13 al 22 de Marzo.—Asalto del 14 de Marzo.—Envíase á Márquez á México, como lugar-teniente del Emperador.—Carta de éste.

*Marzo* 13.

TAMPOCO hoy nos asaltó el enemigo. A las diez de la mañana se trasladó el cuartel general al convento de la Cruz.

Un reconocimiento que Quiroga hizo por el rumbo de la Cuesta China, nos aseguró que el enemigo ha concentrado en ese punto un considerable cuerpo de ejército, cosa de ocho mil hombres al decir de Quiroga, y que tambien hay allí piezas de batir.

El emperador, su comitiva y todo el Estado Mayor, toman alojamiento en la Cruz. A mí se me señala un cuarto en el primer piso contiguo al que habita el emperador; ambos dan á un corredor que mira á la Cuesta China. Estraño me parece que no se dé paso á fortificar mejor el convento, el cual está al alcance de las baterías enemigas. Su punto estremo es el cementerio con una capillita. Entre este y las alturas de la Cuesta China y de Carretas, el terreno está profundamente encajonado, y plantado todo de nopales tupidísimos; fácil cosa le será al enemigo acercarse por aquel camino sin que nadie le vea. Todo el mundo

aconseja al emperador que ocupe el cementerio, que se fortifique allí, que desembarace el terreno de todos aquellos nopales que pudieran ser favorables al enemigo; pero Márquez no hace caso.

Desde el cementerio se divisan las baterías enemigas de la Cuesta China, como tambien la bandera de los contrarios que flamea en lo alto de la colina.

A las seis y media de la tarde, el enemigo dispara por primera vez su artillería, y lanza sobre el convento una buena cantidad de granadas, de balas comunes y de proyectiles cónicos.

*Marzo* 14.

A las nueve de la mañana visita el emperador las grandes huertas del convento; las troneras abiertas en las paredes esteriores, están ocupadas por los soldados del batallon del emperador; yo acompaño al príncipe. Los movimientos que el enemigo ha hecho esta mañana, hacen indudable el ataque por parte suya. El emperador alienta á las tropas á que cumplan con su deber, y á que se porten como valientes.

Mientras él está aquí presente, comienza el ataque del enemigo por tres partes á un tiempo: de la Cuesta China sobre el convento de la Cruz, defendido por el general Mendez; de S. Pablo sobre la línea de Castillo al Rio Blanco, y del Cimatario contra la Alameda y Casa Blanca ocupada por el general Mejía.

Nos retiramos del patio bajo una lluvia de granadas. El emperador se situó en la plaza frente al convento para asistir á la accion. Van y vienen al galope los ayudantes; mientras tanto, un oficial austriaco de Estado mayor, el capitan baron de Fürtenwarther, armado de un magnífico anteojo, participa desde el campanario al emperador y al general



Márquez, los cuales están abajo en la plaza, los movimientos del enemigo.

El sitio que ocupa el emperador nada tiene de seguro, espuesto como lo está á una lluvia continua de balas y de granadas. A eso de medio dia, mientras se hallaban al rededor del príncipe los generales Márquez y Mendez, y los oficiales de Estado mayor, cayó una granada á seis ú ocho pasos de distancia. Reventó, echáronse al suelo todos, y solo el emperador se mantuvo de pié. Afortunadamente ninguno salió herido, y solo un cascote le torció el sable y le quemó la ropa á un ayudante del general Márquez.

A eso de la una llegaron noticias de nuestras dos alas: tanto Castillo como Mejía habian logrado rechazar al enemigo, el cual no se batia ya sino para retirarse en buen órden. En ambos puntos se portaron generales, oficiales y soldados, con valor é intrepidez. El coronel príncipe de Salm-Salm, que se hallaba con sus cazadores en el puente de Rio-Blanco, hizo una brillante salida, y se trajo un cañon quitado al enemigo.

A las dos entraron á la ciudad multitud de prisioneros. Entre estos hay un americano que fué conducido ante el emperador.

—"¿Por qué se bate vd. contra nosotros?" le preguntó este.

—"Porque soy republicano," contestó el oficial.

—"Si es vd. republicano deveras, no deberia tomar partido por Juarez, sino únicamente por Ortega," le replicó el emperador.

Durante esta conversacion, para nada se habia quitado el sombrero aquel americano, sea porque hubiese olvidado las reglas de urbanidad en el campo en que peleaba, sea tambien por hacer ostentacion de su orgullo republicano. El general Mendez, que se hallaba á su lado, le quitó el sombrero, haciéndole observar que estaba en presencia del

emperador. Este, que hasta entonces no habia echado de ver que el oficial le hablaba con la cabeza cubierta, se chanceó sobre la susceptibilidad (muy justa por otra parte) del general, y despidió al prisionero.

A cosa de las cinco habia cesado el combate en las dos líneas, señal de que el enemigo se habia retirado; únicamente en el centro era donde continuaba la pelea.

Márquez, apesar de las órdenes terminantes del emperador, no habia provisto á la defensa del cementerio, ni colocado mas que unos cuarenta austriacos en el techo de la capilla, al mando del capitan de la guardia municipal Linger, austriaco tambien. Tan corta fuerza no era naturalmente capaz de impedir que el enemigo se apoderase del cementerio; tras una encarnizada defensa de cerca de dos horas, y luego que cayó muerto el capitan Linger, forzoso les fué á los imperiales abandonar la capilla para que no los hicieran pedazos fuera del convento los asaltantes, cuyo número iba engrosando.

A cosa de las cinco, el enemigo tras un reñido combate habia hecho retroceder á los nuestros, y el peligro crecia por momentos. En tan crítico instante, el segundo batallon mandado por el atrevido coronel Joaquin Rodriguez, hizo una brillante salida, en la cual quiso tambien tomar parte Márquez, acometido de un súbito paroxismo de bravura. Sostuvo el ataque el nutrido fuego de un cañon que se llevó al patio interior, y que servia en persona el general de artillería Arellano; y tras un encarnizado combate de una hora, á eso de las seis quedó el convento enteramente desocupado por el enemigo.

Inmediatamente se dirigió el emperador á visitar las líneas; acompañábale el general Márquez con algunos oficiales de Estado Mayor, y yo hallé modo de unirme á la comitiva. En todo el trayecto á lo largo de la línea de Rio-Blanco al Cerro de las Campanas, no cesó el enemigo de



dispararnos granadas. No dejaba de ser á la verdad un juego pueril, en el que mas que nada desperdiciaba su pólvora; pero conjeturaba, y con razon, que podria dar un buen golpe, á lo cual le inducian los toques de clarin y los gritos entusiastas de júbilo, señales del paso del emperador frente á las tropas. Caian en derredor nuestro las balas, y rebotaban en el suelo, pero afortunadamente no nos causaron daño ninguno. Durante este vivo fuego, el emperador circundado de su comitiva continuó su inspeccion al trote corto; solo cuando hubo pasado el cerro y quedamos fuera del alcance de los tiros enemigos, se lanzó al galope hácia Casa Blanca y la Alameda para regresar á la ciudad.

El resultado final de la jornada fué, que no obstante haber logrado rechazar al enemigo en toda la línea, está ahora mas cercano de nosotros, y ocupó la colina de S. Gregorio al N. de la ciudad, que por falta de fuerzas no nos fué dado comprender en nuestro radio de defensa. En sustancia, estamos hoy cercados mucho mas estrechamente que ayer.

Al llegar á este punto, creo oportuno completar, especialmente para los lectores militares, estas noticias tomadas de mi diario con la relacion oficial del terrible combate del 14 de Marzo, publicado en el *Boletin de Noticias* del 12 de Abril.

"A eso de las nueve y media de la mañana, los cañones enemigos de la Cuesta China dieron la señal de que comenzaba la batalla. La caballería contraria desembocó en gran número por el camino del Pueblito, y se situó junto á la hacienda del Jacal, que está á un lado de la garita de Linto. En esta última se hallaba el Estado Mayor de nuestra division de caballería. La primera brigada de esta, á las inmediatas órdenes del valiente general Mejía, se lanzó sin pérdida de momento sobre el enemigo; lo detuvo en su

marcha, y poco despues logró desalojarlo del terreno de que ya se habia posesionado. La carga fué brillante, y nuestra caballería llegó hasta las líneas enemigas cerca de la Estancia. En este primer combate se hicieron sesenta prisioneros, siendo mas que el doble el número de muertos y heridos. Mientras esta columna recobraba sus antiguas posiciones, se renovó el ataque contra la ciudad por el lado del N., en donde el enemigo habia concentrado el grueso de sus fuerzas. Ya se habia apoderado sin combate de las colinas de S. Pablo y de S. Gregorio, en donde colocó su artillería pesada. De allí hizo un movimiento hácia Rio-Blanco para apoderarse del puente que une la ciudad con el barrio de S. Sebastian. Sostúvose por algunas horas un vivo fuego en esta línea; las columnas enemigas fueron rechazadas muchas veces, pero se rehacian en las alturas volviendo á tomar la ofensiva con fuerzas nuevas. Pero ni con el número, ni con el ímpetu del ataque lograron apoderarse de aquel punto importante defendido por los generales Castillo y Casanova. Nuestros bravos soldados, despues de rechazar al enemigo, salieron de las trincheras, se pusieron á perseguir á los asaltantes, les tomaron un cañon, y les hicieron varios prisioneros. Durante este crudo combate, nuestra batería establecida en el Cerro de las Campanas, continuó haciendo un fuego muy nutrido y con admirable precision.

"En tanto que de esta manera se combatia, movíase tambien el enemigo para el asalto del convento de la Cruz, asiento de nuestro cuartel general; y favorecido por la naturaleza del terreno, logró apoderarse del camposanto y de la capilla contigua. Este ataque estaba sostenido de parte del enemigo, por un batallon con dos piezas colocadas en la altura de San Francisquito, y por cuatro fuertes columnas de caballería con igual número de cañones, las cuales habian tomado posiciones en la fácil bajada de Carretas. De



esta manera, se vieron amenazadas simultáneamente de grave peligro la Alameda y toda la parte meridional de la ciudad. Mientras atacaba sin descanso á la Cruz, destacó el enemigo una de sus columnas de caballería situadas en Carretas, y la lanzó contra el Cimatario para impedir el ataque de nuestras tropas, las cuales desde Casa-Blanca amenazaban su ala izquierda. El general Miramon comprendió en el acto la dificultad del momento; y con aquel perspicaz golpe de vista que lo distingue, ocupó la Alameda con su division compuesta de infantería y artillería, sostuvo á nuestra caballería, y obligó á retroceder á la reserva enemiga que estaba junto á San Francisquito.

"Entre tanto, del convento mismo de la Cruz se hacian tres brillantes salidas. El enemigo fué desalojado del cementerio. Tuvo que desocupar en seguida las huertas del convento como tambien las casas anexas, y batirse en plena retirada. La jornada se habia concluido.

"El enemigo se ha resuelto á volver á sus líneas. Él mismo confiesa que ha sufrido grandes pérdidas. Nuestros soldados recobraron sus posiciones, trayendo consigo los trofeos de la victoria. ¡Honor al emperador, que ha sido la admiracion de todos por su asombrosa sangre fria en el peligro, y por su intrepidez! ¡Honor á nuestros valientes soldados, que tomaron parte en esta brillante defensa! Segun las relaciones mismas del enemigo, hemos hecho setecientos cincuenta prisioneros."

*Marzo* 15.

El dia se ha pasado tranquilo; solo de cuando en cuando, y como por pasatiempo, han lanzado de la Cuesta China algunos proyectiles sobre el convento. En la noche, el emperador me dió directamente órden de estar listo para marchar mañana, entre dos y tres de la madrugada.

*Marzo* 16.

A las cinco y media de la mañana se encamina el emperador al cerro de las Campanas. Habíase concertado y resuelto para hoy un ataque decisivo, al cual deberia dar principio Miramon con su division; pero el tal ataque no se llevó á cabo, porque Miramon se durmió, segun me dijo el emperador mismo. Vino el alba entre tanto, y poco podiamos esperar de un ataque contra el enemigo que ya estaba alerta.

Irritadísimo está el emperador por semejante retardo, y ha ordenado un arresto de veinticuatro horas á dos oficiales superiores de Estado Mayor, porque no despertaron á Miramon. (En este punto hay una laguna en las hojas del diario que logré salvar; pero no me costará trabajo reponer el texto con ayuda de la memoria).

Hasta el 21, trascurrieron los dias sin acontecer nada digno de mencion.

El 21 por la mañana se celebró un gran Consejo de guerra; y el mismo dia me participó el emperador, recomendándome el mayor secreto, que habia resuelto enviar á Márquez á México.

El ministerio de allá, con la conducta que hasta entónces habia observado, llegó á engendrar en el ánimo del emperador grave descontento y desconfianza. Las órdenes suyas relativas al envío de los austriacos, aun no se ejecutaban ni habia trazas de que se ejecutasen. Pero de todos los ministros, el que peor se manejaba era Campos, subsecretario de Hacienda. Vióse por lo mismo obligado el emperador á llamar al poder á otro ministerio bajo la presidencia de Vidaurri, á quien ya habia nombrado ministro de Hacienda, y que tan capaz se habia mostrado. El ministerio de Gobernacion se reservó para Iribarren. Márquez, provisto de los mas ámplios poderes, debia marchar á México como lugar-teniente del emperador; debia ademas despedir al ministerio, dar posesion al nuevo, proporcionarse dinero lo mas pronto y en la mayor cantidad posible, y en todo caso volverse á Querétaro con auxilios. Insisto de una manera particular en esta última órden del emperador, órden de la cual hubo de enterarme él directamente, porque no falta quien para disculpar en cierto modo á Márquez, asegure que sus poderes no eran tan ámplios, siendo así que el emperador se los otorgó en realidad amplísimos. Las cosas pasaron tal como las voy narrando. "Márquez debia en todo caso volverse á Querétaro con auxilios;" el emperador solo habia dejado al buen juicio del general el decidir si deberia llevarse consigo todas las tropas de México dejando la ciudad enteramente desguarnecida, ó si solo conduciria una parte en socorro de Querétaro dejando el resto para la defensa de la capital. Así me lo aseguró personalmente Maximiliano.



No quiero pasar adelante sin decir algo sobre las acusaciones que á Márquez se han hecho tocante á la conducta que observó ántes de salir para México, acusaciones entre las cuales hay algunas, que por lo visto carecen de fundamento.

Ante todo, no cabe duda que Márquez es responsable, mas que ningun otro, de la partida del emperador y de su venida á Querétaro. Dícese que Márquez lo hizo con el propósito deliberado de arruinar al emperador; si en efecto tuvo tal intencion, preciso es confesar que no pudo concebirla mas diabólicamente, ni llevarla á cabo con mayor perfeccion.

Es indudable ademas, que Márquez indujo al emperador á que partiese de México sin dinero, sin tropas, y sin municiones. Si tal hizo deliberadamente, es de todo punto fundado el cargo de traicion; y si tuvo otros móviles su con-